

CAPÍTULO I

Juegos recreativos

Pies en alto sobre cojines blandos. Así me deleitaba aquel rato de siesta arrancado a trompicones del despacho donde esperaban apiladas carpetas de exámenes sin corregir y recortes de prensa sobre enfermedades bacterianas para el archivo, que me empeñaba -con espíritu maniaco irreductible- en mantener al día.

Había echado la persiana para que la luz, cegadora a esa hora de la tarde, no me impidiera conciliar el sueño. La que entraba por la ventana del cuarto contiguo, con la persiana a medio subir, me despertaba ahora recordándome que debía levantarme y corregir aquellos dichosos exámenes. Finales de junio, había que entregar las notas.

Adormilada todavía, giré la cabeza hacia el armario y, en el ángulo que aquel trasto nada inútil hacía con la pared, surgió una figura con traje negro, cubierto el cráneo y el rostro con un capirote.

Y, de repente, la sombra abandonó aquel rincón en penumbra y se precipitó sobre mí despojándome de la sábana que me cubría, enganchándome las muñecas, mordiendo mis tetas desparramadas sin sujetador.

El estupor ahogó un grito en la garganta, me paralizó impidiéndome reaccionar contra aquel ser, negruzco y correoso, que lamía y mordía mis pezones, apretando contra mí un pene enhiesto que pugnaba por atravesarme, como la daga que esgrimía próxima a mi corazón.

Afloja, afloja, déjale entrar, me decía a mí misma para relajar la tensión de los muslos y ellos, contorsionados por el susto, se separaron suavemente dejando al descubierto los pliegues sinuosos de una vulva pringosa y reluciente por la saliva y el gel lubricante que me había untado antes de masturbarme al echarme la siesta.

Inerme, aterrorizada, me abrí ante aquella verga poderosa, mientras reconocía la sensación de aquellas manos que me atenazaban. Manos carnosas, ásperas, dedos cortos y gruesos, uñas triangulares, astilladas, renegridas, que hacía décadas ni veía ni sentía.

¡Tus manos, Moses, eran tus manos!

Respiré hondo, musité un mantra, *OM, Aim, Sarasvatiai, Namah*. El ser se deshizo en un santiamén y comprendí que había tenido uno de esos sueños que me asaltaban a veces en el umbral insoslayable de los miedos. Eran sueños recurrentes, pero aquel en especial me había impresionado mucho.

Ahora, sola entre almohadones y

penumbras, estaba despierta de verdad. Cuando conseguí espabilarme no me extrañó que, con tu afición a las truculencias goyescas, para materializarte ante mí hubieras elegido la imagen del cuadro de Goya del bandido asesinando a una mujer, desnuda y con la boca abierta.

Se me ocurrió también que aquel sueño había sido una comunicación telepática entre nuestras conciencias, a algunas personas les ocurre cuando alguien próximo fallece. Pero el reloj no se había parado de repente dándome la noticia, ni tampoco se había caído ningún objeto al suelo. Eso no me tranquilizó.

Qué sería de ti. ¿Vivirías aún?

La idea de tu muerte me asaltó lacerante, hiriente. Debías andar ya por los ochenta y tantos, a la mayoría le llega la hora mucho antes.

Al imaginarte muerto, sentí una pena honda, de esas que te empañan el alma y los sentidos, dejándote embobado, hecho trizas como un pelele en la lluvia, la lluvia que nos había mojado muchas veces cuando paseábamos por las calles de Hampstead.

Alelada y descalza, me encaminé al salón. Si no te habías desvanecido en el éter, daría un nuevo salto en el vacío para recobrarte, acaso redimirte o

redimirme yo con revelaciones que nunca te hice. Más de treinta años sin vernos, vértigo me daba. Podía ponerte título de película, eras una sombra del pasado.

Busqué en el escritorio la agenda de los tiempos de Londres y confirmé que algunas de mis sombras tenían teléfono. El tuyo no se había borrado pero, cuando llamé a información internacional para confirmar y les di tu dirección me dijeron que solo había un número de fax a nombre de *At Dusk*.

Así se llamaba tu salón de juegos recreativos, acaso un nuevo propietario hubiera mantenido el sugestivo nombre de aquel local en cuyo sótano supuestamente celebrabas rituales sicalípticos. Eso decían los que creían conocerte bien en el barrio. Eran satánicos, sostenían avivando mi curiosidad. Contaban que andabas haciendo tratos con los espíritus de las sombras, los que surgían al anochecer, *at dusk*. Si los tiros iban por ahí el nombre del local era muy evocador, aunque estuviera lleno de máquinas tragaperras y el sótano estuviera atestado de máquinas estropeadas. Lo mismo tenías alguna que sirviera para invocar a los espíritus echándoles moneditas especiales, peniques plateados de tiempos del rey Offa de Mercia, allá por el año 790, o *sceattas*, monedas de plata usadas en tiempos anglosajones.

Envié un fax pidiendo información sobre ti, pero pasaron los días sin recibir respuesta. No insistí. Tampoco se me ocurrió escribirte a tu último domicilio. Di por hecho que te habías muerto, pero te metiste entre ceja y ceja, me dio la monomanía contigo, como si hubiera tenido todo el rato *a bee in my bonnet*, que no es precisamente tener una abeja en el bonete, sino obsesionarse con algo. Debía estar chiflada.

¿Chiflada porque unos meses después de aquel fax sin respuesta pregunté por ti a una vidente a quien visité para

que me confundiera un poco más sobre mi vida? Fue el pasado lo que salió a relucir, un episodio siniestro en el que habías tenido mucho que ver y que nos había distanciado para siempre. Sufrí desde entonces una rara amnesia, arrojé un alud de pedruscos mentales sobre aquello, no quise saber nunca más de ti, ni de los tiempos de Londres, ni siquiera regresar a tu barrio, puse tierra por medio, pero aquel sueño reciente tan angustioso te había desenterrado poniendo mi alma frente a un espejo como el de Dorian Gray, lleno de gérmenes y podredumbre, de sucesos nefastos que era mejor no revisar, estaban bien bajo la alfombra, cuanto menos se airearan, mejor.

Aquellos dolorosos trapos sucios salieron a relucir sobre el tapete verde de la mesa camilla de aquella pitonisa tan avispada, pero cuando le pedí que se concentrara en visualizarte en el presente anunció retorciendo sus dedos finos de largas uñas pintadas, que estabas en una especie de granja. ¿Una granja?

Ese veredicto oracular absurdo no me satisfizo, tantas veces te había oído que si llegaba un día en que las cosas se pusieran feas te suicidarías con algún veneno indoloro, convencido de que el veneno es la panacea para el dolor de la vida. Ofrece una despedida limpia y digna, humana, asegurabas, y aprovechabas para contarme por enésima vez el glorioso suicidio de Demóstenes que recurrió a un veneno tan potente como veloz pero cuya composición nunca se descubrió.

Con veneno o sin él, vete a saber por dónde andarías si te habías largado